



MERCADO CENTRAL DE MARBELLA. MÁLAGA

Serapio

JORGE HIERRO

Después de dar a luz, a la madre de Serapio no le quedaban muchas ganas de reír. Sinceramente, visto su hijo de cerca, no se podría decir que fuese de lo más bonito y agradable que ha dado la naturaleza. El médico se tuvo que emplear a fondo, en todos los sentidos, ya que el bebé, de ojos cerrados y muy chillón en un primer momento, gustaba de deslizarse entre las manos de éste, las de su madre y su padre, el cual había asistido a la función con cierto escepticismo, más propio de alguien de fuera que de la propia figura paterna de una familia, la cual siempre es punto de referencia para algunos. Serapio no era guapo y tampoco feo, aunque tenemos que decir que cuando cumplió cuatro años, ya se encontraba en la escuela, en una de las muchas desaparecidas a día de hoy, en el municipio de Marbella, tan turístico y frecuentado en los últimos años. Pero para contar una historia, que es de lo que se trata, tenemos que empezar por el principio y a eso es a lo que vamos, que en el año 1954, después de la II Guerra Mundial y en pleno apogeo de la guerra fría, en España se vivía con miedo, desinformados y con la idea de sacar a la familia adelante. De esta manera, Serapio, algo más mayor y cercano a los diez, se formaba en el colegio, al lado de sus amigos de la infancia y de los libros, los cuales eran una especie de mezcla extraña para un chico que no llegaba a entender por qué debía de estudiar de memoria lo que aparecía en ellos escrito. Todavía recordaba las palabras del cura Francisco, que era amante de pedir favores y de los dulces de la pastelería que se encontraba cerca del Mercado de Abastos.

-¡Pero a dónde vas a ir Serapio, a dónde vas a ir con esa cara de pánfilo que llevas, que ni siquiera te estudias lo que te mando, que es palabra de Dios! – el cura Francisco aprovechaba, algo discreto, para darse la vuelta y comerse un dulce sin ser visto por sus alumnos, que sabían perfectamente los gustos y vicios del sacerdote, muy docto en materia de historia y en bendecir todas las actuaciones llevadas a cabo por Franco y sus secuaces.



-Sí, señor, la verdad es que tiene usted razón –Serapio, tímido, con una naturaleza poco agradecida, sabía comportarse y conocía cuándo se veía envuelto en una desagradable circunstancia.

-¿Y qué es lo que debemos de hacer cuando no nos aprendemos la lección? –preguntó el cura con aire de complicidad al pobre Serapio, que se encontraba listo para poner la mano y recibir unos cuantos golpes, con esa regla de madera que el cura Francisco guardaba a sus alumnos, a los más despiadados, para hacerse respetar.

-Poner la mano, señor, poner la bendita mano para que Dios vea y nos juzgue, que hemos actuado mal y en pecado.

La clase callaba. El silencio, que es una virtud en determinados momentos, se hizo de lo más angustioso para Serapio, ya de pie delante del cura con la mano extendida y la palma bien expuesta para recibir otro castigo más, el cuarto de la semana, porque era jueves e iba a uno por día.

En honor a la verdad era el más recompensado de la clase por sus continuas faltas de atención en el transcurso de las explicaciones de todos los profesores, ya que Matías, el de Matemáticas, le dejaba para el final, para las divisiones, que eran su debilidad y en las que Serapio demostraba su poco hacer en la pizarra. Recibido el castigo, sentado de nuevo en el sitio, nuestro joven protagonista imaginaba un mundo libre, sin profesores, lejos de la escuela, jugando al fútbol en el Santiago Bernabéu, al lado de sus ídolos y vestido de corto, pero enfundado en el traje del Real Madrid, su equipo preferido. Terminada la clase, salió al patio junto a sus compañeros, Tomás, Sergio, apodado “el Piti”, Pachi, más conocido como “el Litri” y Raúl, aclamado como “el linterna”, todos a una, que era cuestión de jugar un poco al balón, antes de volver a la clase, con el pesado del señor Alfredo, con sus aires de solemnidad y prepotencia para impartirles una hora de Lenguaje y devolverles las redacciones sobre la familia y sus ideas sobre Cristo.

De portero no hacía mucho, sólo poner las manos, ya que por un problema de vista, no veía el balón con demasiada claridad. Todo le venía desde que nació, que Serapio en los dos primeros años de vida no sabía distinguir a su madre de su padre, por lo que hasta que se recuperó del trauma y se estabilizó en el sentido de distinguir los detalles mínimos, tenemos que decir que transcurrieron varios años de esfuerzo, de dedicación y consulta a los especialistas, porque se tenían que desplazar a Málaga, ya que en Marbella no había doctor cualificado en esa materia. Los goles le entraban por todos los sitios, pero a pesar de sus desgracias en el deporte, era muy querido por sus compañeros, a pesar de ser blanco fácil para las continuas bromas que se hacían a lo largo del día y que Serapio llevaba a las mil maravillas.

La clase, con 30 pupitres, era de corte clásico, con los mapas de España a la derecha e izquierda y una pizarra de unos 4 metros de fondo verde, en la que los profesores se esforzaban en aplicar todos sus conocimientos. Serapio, sentado en la primera fila, recibió una mirada sospechosa del profesor de Lenguaje, pero ni siquiera se inquietó, ya que esperaba el momento de ser preguntado por cómo se escribía vaca, si con “b” o con “v”, por lo que no tenía mucha prisa. Los demás alumnos, todos de la edad de Serapio, no encontraban atractiva la clase, ni a su profesor, ni a la forma de la misma, y lo que más les dolía, ya que estamos, era tener que llevar ese mismo pantalón gris, corto, incómodo e igual todos los días, por no mencionar el jersey y la camisa blanca. Daba igual que fuese verano e invierno, siempre era la misma cantinela, porque se imponían las leyes en Madrid y había que seguirlas.

-Vamos a ver, señores, debo decirles que he leído con mucha atención las redacciones que me dieron la semana pasada, y en las que se trataba de describir a la familia, a papá, a mamá y a nuestros hermanos y hermanas, que para eso viven con nosotros y nos ayudan en el día a día. Por otro lado, como ya sabéis, os pedí que añadieseis qué pensáis sobre Cristo, nuestro señor en la tierra y en el cielo, que nos protege de los indeseables y de los rojos. He observado con especial atención algunos de los escritos y me gustaría destacar el del señor Serapio Fernández. Les rogaría, por favor, si son tan amables, que escuchen la redacción de su compañero, ya que después la analizaremos en voz alta junto al resto de compañeros.

El señor Alfredo, muy altivo, le pidió que se pusiera en pie para leer las veinte líneas que había escrito. Serapio nunca se había fiado, no era la primera vez que le obsequiaban con levantarse y ponerse a defender una de sus redacciones, por lo que se esperaba lo peor. A pesar de ello, pensó que no tenía nada que perder, que era el momento de demostrar al resto de la clase que podía con el profesor, que era el momento soñado de hacerse respetar y defenderse con buenas intenciones. La nobleza del señor Alfredo siempre había sido discutida por lo amigos de Serapio. Levantado y erguido, con gafas de culo de vaso, pelo negro alborotado y de una delgadez preocupante, se levantaba de su asiento y buscaba algo de aliento para dirigirse al auditorio.

–Pues voy a empezar –inseguro, pero con ganas, Serapio se ofrecía a pecho descubierto al resto de la clase.

“Mi familia es muy pequeña, no como el 600, pero del estilo. Tengo un padre, una madre y una hermana, con la que me llevo bien, aunque discutimos de vez en cuando. Mi papá se marcha de casa a las seis de la mañana, pero no sé a dónde, ya que no me lo dice. Mi madre siempre me dice que no tiene por qué hacerlo, porque se va al trabajo y eso basta. Regresa a las seis de la tarde, cansado y a veces con ciertas manchas en la cara. Cuando le pregunto por las manchas, me dice que ha comido tomate, pero mi madre, que tiene algo de carácter, me responde que mi padre es un poco “golfo”, que se va de “picos pardos”, a lo cual papá, que es muy callado, no dice nada y se va a cambiar de ropa –risas en la clase–. A veces, cuando es viernes y mi padre llega muy tarde a casa, mamá, que es muy emprendedora, le llama “putero”, pero nunca sé qué es eso, por lo que no se lo he preguntado a mi padre, que creo que es la persona que debería de hacerlo –más risas–. Los fines de semana nos vamos de paseo, cerca del Mercado de Abastos, del Central, para que mi madre haga la compra y juegue con mi hermana en la Plaza de los Naranjos, antes de irnos a la playa, a darnos un baño. Son los mejores momentos. No tenemos que estudiar y mis padres hablan de sus cosas, aunque a veces gritan y no sé el motivo. De Cristo sé lo que he aprendido en la escuela, que es una persona bondadosa, que no le gustan los judíos, que el número “6” le produce náuseas y que es como el caudillo de España, nuestro defensor de las “hordas rojas”, que provienen de Rusia”.

–Ya he acabado señor profesor, ¿me puedo sentar? –preguntó Serapio, en tono orgulloso, como si hubiese marcado un gol en portería contraria.

–Sí, siéntate hijo, siéntate y déjame el papel en la mesa –el profesor se tomaba su tiempo y decidió proseguir de la siguiente manera–: Queridos alumnos, hoy es un día triste, desagradable, acabamos de asistir a una declaración de guerra y debemos de entender algunas cosas antes de seguir. En primer lugar, nuestro compañero, el pobre no se entera, es un “bobo”, pero al que debemos de proteger y llevar por el buen camino, el de la cordura. Por lo cual, lo mejor que tenemos que hacer es vigilarlo, pero de verdad, para que no se escape y diga tonterías como las que ha leído con orgullo a día de hoy. No hijo, no podemos seguir en esas actitudes de rebeldía, ya que los mensajes que has expuesto encierran algo de peligro y pueden alterar el buen orden de la clase –el profesor, con la mirada perdida, se volvía a dirigir a Serapio y le pidió la mano. Éste ya sabía lo que iba a ocurrir.

En estos y otros avatares singulares transcurrió la adolescencia de Serapio en Marbella, hasta que en 1975, con 25 años, se fue a Madrid a probar fortuna. Empezó de camarero, de cartero, como repartidor de publicidad, ascensorista, mecánico o actor secundario, hasta que encontró un trabajo más estable como bedel en un colegio de Madrid, en la calle Claudio Coello, y se alojaba en la Pensión El Sol, en pleno centro de la ciudad.

–Y de mujeres, ¿cómo vamos? –le decía de vez en cuando, con cierta ironía, el casero de la pensión, de nombre Pelayo.

–Pues no sé, que las mujeres no me hacen caso. Ya ve usted, uno que viene de lejos, con acento marcado, y ya le dejan de lado, que eso es lo que se lleva. Y mira que tengo estudios, que soy de los de bachiller y que no hay manera de hacerse con una mujer en condiciones.



–Je, je, pero Serapio, usted señor de Marbella tiene que salir más por la noche, dejarse llevar, que estamos en los setenta, una de las etapas doradas. Ya verá cómo encuentra rápido, no se deje avasallar por las circunstancias.

–Eso espero –contestaba, con aire ausente, de no haberse comido un colín en su vida, pero con ganas de poder encontrar a una chica.

–¿Y cómo le va a la familia en el sur? –Pelayo se divertía.

–Pues bien, mi padre, la última vez que le vi llevaba la cara manchada de carmín, que de pequeño creía que era tomate, y mi madre le echa la bronca siempre que puede, que es la que más carácter tiene en casa –respondía correcto Serapio.

–Bueno, bueno, ¿y marcha al sur?

–Sí, la próxima semana me toca para celebrar la graduación en Medicina de mi hermana, la Tere, la muy estudiosa.

–Suerte y ya verá cómo en breve le vemos con mujer –el casero, con menos mofa, se lo decía de forma agradable.

Una vez en su cuarto, llamó a su casa para saber cómo iban las cosas y preparar el viaje.

–¿Mamá?, ¿me oyes? Bueno, que soy yo, que me voy para Marbella este fin de semana, que sí, que estoy preparando la maleta, que le llevaré un regalo a mi hermana, que sí, que todo bien... –escaso en vocabulario, se expresaba como podía ante su madre, la cual ya estaba azuzando a su padre desde el teléfono.

–Te esperamos hijo, no vengas tarde.

Cumplido el turno en el colegio, el director le llamó a su despacho. Éste, hombre de gentes, atendía al nombre de Rodolfo Sánchez y le esperaba sentado fumando un puro habano, bajo un bigote negro y pronunciado. Disponía de una mesa llena de papeles, desorganizados, cada uno de un expediente u otro, con cartas sin abrir. Denotaba un aspecto serio, más bien de persona de negocios que de director de colegio. Pequeño en estatura, gozaba de una tripa preocupante y de una locuacidad tremenda, por lo que Serapio, antes de atender sus peticiones, le preguntaba con cortesía: “¿me ha llamado usted, señor?”

–Por supuesto. Pase, siéntese, que no le voy a robar mucho tiempo y cierre la puerta, haga el favor. Vamos a ver, le quería pedir varios favores –revolviendo en su mesa, sacó dos papeles en los que se podían leer los datos de Serapio. El director examinó las líneas que estaban escritas en las dos hojas y gruñía cada vez que cambiaba de párrafo. Serapio, por su parte, aguardaba con ilusión y ponía cara de aires importantes. Su posición no había mejorado, era el bedel del colegio, pero ahora podía decir que estaba sentado en el despacho del director, y si entraba alguno de sus compañeros, podría elevar la cabeza con aire de superioridad con respecto a sus colegas de trabajo. Había ganado puntos, no tenía ninguna mujer en vistas, pero estaba con la elite del centro de estudios.

–¿Señor?

–Sí, espere, cállese, cállese un segundo, estoy leyendo –fue la respuesta del señor Rodolfo, al cual no le gustaba que le molestaran en su ejercicio habitual de leer dos papeles por día, fuente principal de su trabajo. Le daba igual que la democracia hubiese llegado a España o no, él sólo quería fumar puros habanos, jugar al mus con el resto del claustro de profesores y hacer todas las trampas posibles para poder costearse el fin de semana. Los demás tutores y responsables de estudios conocían las técnicas, pero no lo denunciaban, formaba parte de su progreso en el colegio o su ascenso a la universidad.

–Por lo que veo, ha estudiado en Marbella, tiene el bachillerato y lleva de bedel dos años con nosotros, todo un logro. Normalmente, en casos extraordinarios y en el análisis y estudio que me ha llegado de los otros colegios e institutos que tenemos en Madrid, los bedeles sólo están un año, pero veo que a usted le encanta su trabajo, ¿no le parece? –el director examinaba la cara de su interlocutor desde su posición, recostado en su sillón y con ganas de marcharse a su casa.





-Sí, la verdad es que me gusta y estoy contento en el sitio –Serapio, en ciernes de cumplir 30 años, delgado, con cara de trabajador cumplidor de sus tareas, contestaba de forma sencilla al interrogatorio.

-Le he llamado para que siga en su sitio, pero quiero que me haga un favor. He oído que en Marbella tienen dos mercados de abastos, pero me interesa que me traiga una caja de sardinas y chipirones del Central para el lunes de la semana que viene, del más grande, que es en el que se encuentra el local de “Lucio”, que es conocido mío y estudié con él en Sevilla, cuando usted era un mocoso y tenía menos conciencia que ahora. Como puede observar, querido amigo, en todos los sitios tengo ojos, lo que quiere decir que me entero de la mayor parte de los entresijos que ocurren a lo largo y ancho de las siete plantas de este edificio. Por

otro lado, como sabe o debería, el lunes viene la Junta Rectora, es decir, los que ponen el dinero para que usted y yo gocemos de esta reunión y podamos seguir en esa línea. Así que me quedo a la espera y confío en que tenga un feliz fin de semana.

En ese momento, Alberto, otro de los bedeles, entraba en el despacho del director cargado de papeles y se fijó en Serapio. Sorprendido, dejó los sobres en la segunda mesa, y se disponía a marchar cuando el señor director le llamaba y requería de nuevo su atención.

–Vaya al bar y pida dos vinos. Que los suban a mi despacho y de paso traiga unas patatas fritas. Si alguien pregunta por mí, diga que estoy reunido en la secretaría. Váyase y corra.

Desde luego, vistos los acontecimientos, Serapio iba a ser de nuevo noticia entre sus compañeros, pero esta vez no era por haber tirado los platos en la cocina, por no haber clasificado de forma correcta el correo o por no subir los exámenes cuando el profesor de inglés lo había requerido, esta vez era por estar sentado al lado del director, es decir, enfrente y por beber vino. Todo una noticia. La cara de Serapio, el cual había sido tratado como un soberano imbécil desde que había entrado en el colegio, daba la sensación de tranquilidad, de dominar una situación impuesta por alguien que manda mucho más que él. En todos los trabajos por lo que había pasado, daba la sensación de que siempre había un momento para saborear el triunfo, al menos momentáneo. Ahora tenía que cumplir los cometidos que el señor director le exponía.

–Pero hay un par de cosas que le quiero preguntar. Como sabe, me marché en autobús, aunque no se lo he dicho, usted ya lo sabe. ¿Qué pasa si llego tarde? –preguntaba Serapio más seguro de sí mismo, con cara de avestruz sacando la cabeza de un cuello largo, delgado e insignificante. El señor director no llevaba un buen día, la verdad. A lo largo de su vida había tenido que tratar con idiotas de todos los colores hasta llegar a su puesto, pero dada la naturaleza de la misión había llegado a un consenso con el destino, por lo que decidió tomárselo con más calma y de forma pausada. Desde luego, la Junta Rectora, a su juicio, le debía un ascenso para pasar al Consejo Rector de la Universidad, es decir, vivir del aire el resto de sus días, sin tener que aguantar a bedeles que según aparecían por la puerta le miraban con poco respeto y desdén.

–Como usted no traiga esa caja de pescado para que el presidente de la Junta Rectora, natural de Málaga, pueda comer lo que le venga en gana, le puedo asegurar que usted va a la calle y me da lo mismo lo que le pueda ocurrir el resto de sus días, ¿le ha quedado claro? –Rodolfo Sánchez, viejo zorro en las partidas de mus, apuraba el puro habano.

Llamaron a la puerta y trajeron una frasca de vino y algunos aperitivos. En la mesa, después de que Alberto, uno de los bedeles más mayores del colegio, hiciese un hueco, puso la bandeja y Serapio, que lo veía muy claro, le comentaba que le pusiera un buen vaso de vino para acompañar. Esto iba a ser noticia, la del viernes y la del año. Los días de vino y rosas habían llegado.

–No se preocupe señor, usted tendrá lo que me pide, se lo aseguro, como que me llamo Serapio Fernández. Además, seguro que todo saldrá a las mil maravillas. Si lo desea, me ofrezco voluntario para servirle la mesa yo mismo, no sería la primera vez –estaba de lo más animado, se mostraba contento, dicharachero, le habían dado una oportunidad, la primera de su vida de hacer algo útil para alguien que dominaba la jerarquía.

–No, no es necesario, salga, váyase de mi despacho y cumpla con lo prometido –despachó el señor director.

A Serapio no le volvieron a dar más oportunidades. No llegó al lunes, ya que el regalo para su hermana, que había acabado la carrera, consistió en una caja de pescado fresco que degustó junto a su familia. Nunca le había gustado que le dieran órdenes. Corría el año de 1982 y Serapio emprendió un pequeño negocio junto a dos amigos de la infancia: suministrar pescado fresco y de primera calidad al Mercado Central de Marbella, que sigue activo en la actualidad. Por su parte, Rodolfo Sánchez, ex director del colegio, fue relegado de su puesto, pero no por no haberle dado el gusto al presidente de la Junta Rectora de comerse unas sardinas de su tierra, sino porque uno de los jefes de Estudio dio el chivatazo de que hacía trampas en el mus a sus compañeros. Acusado de fomentar el juego lucrativo en el colegio, Sánchez pasó a regentar una sala de juegos en la calle de Leganitos, al lado de la Plaza de España. Siguió fumando puros hasta que su presupuesto se lo permitió.



JORGE HIERRO
Periodista



MERCADO CENTRAL DE MARBELLA. MÁLAGA

El Mercado Central de Marbella está situado en el centro histórico de esta turística ciudad de la Costa del Sol malagueña. Es un mercado de nueva construcción, inaugurado en febrero de 2004, que ha sustituido a otra anterior. El mercado da a tres calles: Francisco Quevedo, Avda. Jacinto Benavente y Avda. del Mercado. Tiene unos 90 puestos, entre los que se incluyen 50 pescaderías, 10 carnicerías y 10 fruterías.